"C O M M E R C E"

Rue Dauphine, rue de l'Ancienne Comedie, rue de l'Odeon. Toda la alegría de vivir, todo el sentir profundo de París vuelve a mí cuando escucho desfilar los recuerdos en mi subconciencia. Brotan poco a poco, corren a chorros, cristalinos, densos; me llenan; me inundan. Mágico Buci, encantador Quartier Latin, ricos en encrucijadas y en sorpresas, en arcos románicos y ojivales, en muros mohosos que en su esfuerzo por tocar el cielo, se han torcido y parecen cerrarse sobre nuestras cabezas.

Nostalgia de las horas tranquilas repletas de goce espiritual.

Y allí, en la calle recta y angosta, la tienda gris con su alegre escaparate donde en franca camaradería están alguna ''sotie'' de Gide, los profundos pensamientos de M. Teste, el admirable amigo de Paul Valéry, pedazos de vida de Barnabooth el millonario compañero de Larbaud, y príncipes exóticos, muslos y torsos de mujeres tropicales, y pájaros y palmas llevados por Saint Lèger.

Entramos en la tienda gris tapizada con lomos multicolores; sentada frente a su mesa está la animadora de la casa: Adrienne Monnier, parisiense y ''savoyarde'', mitad montaña, mitad Ile Saint Louis, entallada a la Cranach en su traje gris, con su pañuelo rojo gauchescamente anudado al pescuezo, tal vez como recuerdo de sus amigos de aquí.

Unos pasos más lejos, enfrente, en un cuarto piso, tiene su apartamento Adrienne Monnier. Allí y en la librería conocimos a Jules Romains, a Leon Paul Fargue, y vimos a Larbaud, Gide, y muchos más. A las reuniones que se hacían al atardecer en la librería o a las que teníamos en casa de Adrienne, concurría siempre Fargue, verdadero clown resplandeciente, Grog y Fratellini de aquellas tardes memorables; se agitaba fosforescentemente encendiéndose cuando le irritaban, y le irritaba todo el que quería a su vez brillar. Si alguien dominaba en la reunión, si por la boca de Romains, Knock se reía de todos o nos hacía pensar, Fargue que hasta entonces nos había hecho reir con sus ocurrencias, se sentaba al piano, tocaba viejas canciones o couplets del Boulevard, que cantaba estupendamente. Causeur admirable, esprit cáustico, pletórico de réplicas graciosas o sangrientas, derrochaba pródigamente ideas y figuras incandescentes con las que hacía juegos malabares para encandilarnos. Esprit boulevardier infatigable, recurría sin cesar a cuentos de toda especie que hacían enrojecer a las paredes pero que dejaban en la más perfecta beatitud a muchos espectadores.

De allí salió el primer número de ''Commerce'', monumento admirable de la inteligencia y del genio de Francia, desbordante de elegancia y mesura y reciamente construído en la pureza ática y francesa sobre 5 bases formidables: Paul Valéry, Valèry Larbaud, Leon Paul Fargue, Saint Lèger (') y James Joyce.

Recuerdo cómo trabajó para ese número Adrienne Monnier; su actividad y su dedicación le costaron una enfermedad seria a la que no fueron ajenas, ruindades indignas de ese ambiente.

Poco después, habiendo resuelto Monnier no ocuparse más de ''Commerce'', este dejó su casa natal y fué a parar a la ''rive droite'' en pleno Faubourg Saint Honoré, a manos de Ronald Davis. Ningún número llegó a ser lo que el primero, no porque no hubiesen artículos estupendos ni nombres famosos, sino porque el equilibrio milagroso y la armonía prodigiosa de este primer número perfecto no se podrá quizá conseguir más. Habría tal vez que prepararlo con la pasión admirable que en ello pusiera Monnier.

De los tres números que siguieron sólo el IV llegado ha poco, parece querer acercarse a su modelo; en él de nuevo sus directores, que colaboran, y al lado de ellos Paul Claudel, Francis Jammes, Jouhandeau y John Antoine Nau, hacen de este cuarto cuaderno para la Primavera de 1925, un número extraordinario.

Más que una revista, ''Commerce'' es una verdadera antología de los grandes prosistas y poetas franceses modernos, y de algunos extranjeros. Si a veces recurre a producciones anteriores, es porque ellas son antecedentes, o precusoras del movimiento producido por los animadores de ''Commerce''.

Hacer un comentario de los 4 cuadernos, como ellos los llaman, volúmenes riquísimos en realidad, sería largo y difícil. Importaría un estudio de cada uno de los hombres que han colaborado, ya que no sería posible ver sus contribuciones como obra aislada.

No podríamos hablar del poema de Saint Léger, Amitié du Prince (') admirables por el soplo épico, profético y por la impresión de eternidad y calma que sugiere, sin detenernos a examinar el resto de la obra de este espíritu tan poco conocido aún en Francia. No es más que un aspecto del autor de ''Eloges'', y de ''Anabase'', que como el príncipe de su poema aparece de año en año ''avec un oiseau vert et bavard sur le poing''. ''Commerce'' le obliga a cantar ('') en una magnífica ''Chanson'', la estima en que tiene a los que viven; y en el mismo número ''crea'', al vertirlo al francés, un estupendo poema de T. S. Elliot.

Tampoco podríamos hablar de Valéry sin invocar al sesudo y profundo M. Teste. ''Commerce'', como anticipo tal vez de una nueva ''soirée'', trae una carta de Emilie Teste (''') anunciando que ''el solitario de antaño se ha casado'' y que vive para felicidad nuestra, cuando ya temíamos por su vida.

Esperamos todos con ansiedad después de esta admirable carta, que merece ser del mismo Teste, la hora en que el solitario amigo de Valéry hable de nuevo largamente como antaño; tal vez sea una promesa al bello prefacio que, para una nueva traducción de ''la soiree avec M. Teste'', nos da Valéry en el IV cuaderno de ''Commerce''.

Todo Fargue vive en los poemas que ha escrito para ''Commerce''. Particularmente en ''Epaisseurs'', (''''') poema admirablemente construído de un ritmo impetuoso y extraño. Fargue ha trabajado, y mucho, en esos poemas; de ahí esa naturalidad fruto de las simplificaciones que ha efectuado y que suponen como él lo dice (6) en su ''Suite familière'', ''el colmo del trabajo o de la manera''. No ha trabajado tanto, y se nota, en esa ''Suite familière'', encantadora sin embargo en muchos párrafos. Todo este poema acusa incordinación, falta de construcción; es pura espontaneidad. Parece a veces, una colección de notas para un poema, y otras, apuntes que hubiera tomado un asistente a las reuniones donde Fargue brilla sin cesar. Hay notas, de una profundidad y de una calidad extraordinarias, que constituyen en sí un poema admirable; así aquella que empieza ''j'ai vu tout au bout d'une vaste machine, et dans un endroit quasi sexuel, un petit rouage endormi qu'un long bras d'acier venu de loin...'' etc. Ritmo épico en esta edad de máquinas. ¿Y cómo podríamos dejar de hablar de ''Nuées'' (7) o de Tancrède, o del estupendo poema dedicado a Fontaine (8) o del extraordinario diálogo que tuviera con Larbaud, sobre Levet?

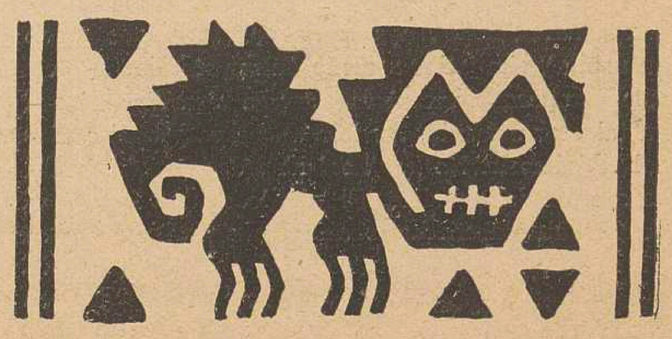
Y qué no diríamos de nuestro amigo Valèry Larbaud en esa peregrinación a que nos obligaría su obra colosal, desde sus ''Enfantines'', desde sus años de Liceo al lado de Fermina Márquez, hasta Barnabooth, hasta su ''Vice Impuni'', su Carta de Italia, su Lettre a deux amis (9) dos compatriotas caros a MARTIN FIERRO, a quien Larbaud invoca para ponerse a cantar.

Lo mismo hubiéramos tenido que detenernos en Jammes, o en Claudel, de quien trae ''Commerce'' (10) una suite japonesa, que se despliega como los biombos de laca, el poema ''Le Vieillard sur le Mont Omi''; y de John Antoine Nau, de Max Jacob, y de Marcel Jouhaudeau que nos cuenta deliciosamente la suave historia de ''Ermeline et les quatre Vieillards'' (11).

No siendo posible realizar aquí el estudio prolijo que exije la personalidad y la obra de estos hombres, nos hemos resuelto a hacerlos desfilar en esta visión rápida de los cuadernos de ''Commerce''.

Eduardo JUAN.

(1) Ya entonces Saint John Perse.
(2) Cuaderno primero de ''Commerce''.
(3) ,, tercero de ''Commerce''.
(4) ,, segundo de ''Commerce''.
(5) ,, primero de ''Commerce''.
(6) ,, segundo de ''Commerce''.
(7) ''Commerce'', III Cahier.
(8) ,, IV Cahier.
(9) ''Commerce Cahier III
(10) ,, ,, II.
(11) ,, ,, IV.
(12) ,, ,, IV.



MEMBRETES

¡Nadie recita Verlaine, como las hojas secas del Luxemburgo!

Es necesario munirse de una vestimenta de radiógrafo, que nos proteja del contacto demasiado brusco con la sobrenatural, antes de aproximarse a los rayos ultravioleta que iluminan los paisajes de Patinir.

Las frases de Oscar Wilde no necesitan red. ¡Lástima que al realizar sus más arriesgadas acrobacias, nos dejen la incertidumbre de su sexo!

¡La opinión que se tendrá de nosotros, cuando tan solo quede de nosotros, lo que perdura de la vieja China o del viejo Egipto!

Los cubistas creyeron que una manzana era un tema, menos literario y más frugal que las nalgas de Mme. Recamier.

Esos tinteros con una estatua de Voltaire ¿no tendrán un significado profundo? ¿No habrá sido Voltaire, una especie de Papa (negro) de la tinta?

¡Sepamos consolarnos! Si las mujeres de Rubens pesaran 27 kilos menos, ya no podríamos extasiarnos ante los reflejos nacarados de sus carnes desnudas.

El estilo de Renan se resiente de la flacidez de sus manos; manos demasiado aficionadas "a lavarse las manos", manos dudosas que hemos estrechado, alguna vez, en las sacristías y en las casas de préstamo.

Seurat compuso los más admirables escaparates de juguetería.

El silencio de los cuadros del Greco es un silencio ascético, maeterlinkniano que alucina a los personajes del Greco y les desequilibra la boca, les extravía las pupilas, les diafaniza la nariz.

Las esculturas griegas son incapaces de pensar si el Tiempo no les ha roto la nariz.

Oliverio GIRONDO.